

Más allá de los límites

RAYMUNDO RIVA PALACIO

"¿En qué consiste ser periodista?", preguntó Mark Twain a su primer director. "¿Qué es lo que tengo que hacer?". El director le respondió: "Salga a la calle, mire lo que pasa y cuéntelo en el menor número de palabras". Twain, que había fracasado en todos los oficios en que incursionaba, lo hizo y se convirtió en periodista. "¿En qué consiste ser periodista?". Esta es una pregunta de respuestas múltiples, de acepciones diferentes, y de enfoques variados.

"Periodista", según una definición universalmente aceptada, es un trabajador que interviene directamente en la captación, procesamiento y difusión de noticias, en los géneros informativos reconocidos internacionalmente, a través de los medios de difusión masiva, sean estos impresos o electrónicos.¹ Pero *ser* periodista va más allá de una fría definición de diccionario. El término genérico de "periodista" puede tener interpretaciones que no se ajusten a la realidad. Hay quien con colaborar semanalmente en un medio ya se identifica como periodista, pero eso realmente no lo hace ser parte integral de la profesión.

El periodista es quien vive de ello, lo cual ya es, en sí, una definición que establece fronteras para el gremio y reduce la posibilidad para que personas que no ejercen verdaderamente la profesión, se incorporen a una categoría que implica un gran esfuerzo y cuesta mucho trabajo obtener.

Para efectos de este texto, la definición de periodista se reduce aún más; en este trabajo se limitará a lo que es un reportero o reportera. Fuera tecnicismos; dentro, lo práctico. Reportero o reportera puede ser alguien que ha tenido alguna o varias de las siguientes experiencias: haber hecho una *guardia*, haber cubierto el sector policiaco, haber sido regañado por sus jefes, haber perdido una *nota*, haber sido increpado por una fuente de información. Estos son elementos que cuajan y templan al periodista, quien sin embargo vibra y se emociona profundamente cuando por primera vez su nombre encabeza o rubrica una información, y su estómago cosquillea nerviosamente cuando su cabeza le dice que tiene una gran noticia, y sus ojos y mente miran al mundo en forma de columnas, imágenes y reacciones.

Quienes no vean o sientan dentro de esos parámetros, quienes no se sientan estimulados por la necesidad de informar, de comunicarse, no tienen porqué perder el tiempo: el periodismo no es su vocación.

Como Twain, los y las periodistas son personas que no fueron derrotadas por los fracasos, y en esa voluntad y decisión se encuentra la razón de un invento, el Periodismo, que siendo la más humilde y desinteresada de las actividades cognoscitivas del hombre, aporta el humus, la savia, el lubricante y la energía con las que el resto (casi) de la actividad humana puede, de un modo adulto y ente, ido, funcionar.²

Ser periodista es ser una persona singular y admirable. Es ser una persona curiosa y vivaz que no se permite saber nada hasta que no lo averigua por sí mismo y comprueba por lo circundante el *qué*, el *quién*, el *cuándo*, el *cómo*, el *dónde* y el *por qué*. Desconfiado, escéptico, ágil, osado, el *ser* periodista es un irrefrenable *correo del zar* y no atiende más razones que las encomendadas en su absurda vocación de comunicador. No le importa que el mundo no quiera saber, que los censores duerman con un ojo cerrado y un puñal en el otro, que la buena marcha del Orden requiera siempre un espeso equilibrio entre la ocultación y la propaganda. El periodista está ahí para contar lo que pasa, y lo demás lo tiene sin cuidado.³

El o la periodista no trabajan tanto por el dinero, porque no habría sueldo que recompensara bien lo que entrega. Trabaja para su medio, al que le da su tiempo, su salud, su cerebro, sus horas de sueño, sus horas de alimento y a veces hasta su vida para sacar noticias con ello, y cree que el Sol sale solamente para que los hombres tengan luz para leer lo que escribió. Un periodista, como dijo al final de su vida Joseph Pulitzer, considerado uno de los mejores directores de periódico estadounidense en el siglo XIX, "no está sustentado en el dinero, sino en la moralidad, la educación y el carácter".

Ser periodista no es ser un proyectista, ni un moralista, ni tampoco un terapeuta o un her-meneuta, ni mucho menos un filósofo de la historia o un manipulador. Pero si en su mochila carga a un mariscal, a un político, a un filósofo, a un predicador o a un literato, el periodismo que produzca será turbio mensaje que en nada clarificará al mundo. Y si el periodista es demasiado cruel, demasiado sentimental o demasiado sesgado hacia apriorismos y fanatismos, el periodismo que produzca será una desdicha y una hemipléjica complicación para el medio en el que trabaje y para aquellos que caigan bajo su desinformada información.⁵

Tampoco es mesiánico o iluminado. La vanidad le juega a favor y en contra y, poseedor siempre de una butaca de primera fila en la historia, no pocas veces se regodea en su propio ego. Se regocija con sólo pensar que en menos de un lustro ya acumuló más experiencias que las de un empresario ordinario, o un abogado, o un ciudadano común y corriente podrían juntar en toda su vida, y que ha aprendido a pensar y a actuar

rápidamente, y que es capaz de tener una paciencia inagotable y permanecer con la mente fría cuando los demás ya perdieron la cabeza, y escribir tan rápido como otra persona habla, y conversar sobre temas donde otros ni siquiera se aventuran a abrir la boca.⁶

Pero también, como ha reconocido Juan Luis Cebrián,⁷ el periodismo es una profesión difícil y no exenta de pecados. "Está llena de locos e iluminados, con ganas de ser santos y generales, políticos y artistas, deseosos de conocerlo todo, machacarlo todo, seducir mujeres, alternar indistintamente con tahúres o con ministros, jugar al comisario, al espía, al escritor", escribió Cebrián. "Hay entre nosotros aventureros, burócratas, funcionarios, payasos, sumos pontífices, aguafiestas y algún rompedor de escapularios."

"En fin -como apunta Jean Louis Servan Schreiber-, incluso si su talento no es muy superior a la media, incluso si son periodistas deportivos, cualquier periodista se considera un poco como un intelectual. Trabajador sin herramientas, su capital profesional está completamente bajo su gorra. Aunque su patrón le despida, no puede arrebatarle sus instrumentos de trabajo. Entre todas las profesiones asalariadas, el periodismo es una de las que ofrecen mayor iniciativa intelectual, de creatividad e independencia".⁸

La profesión del periodista es multifacética. Glamour, aventura, estatus, prestigio y fama, son peculiaridades del prototipo ideal. Presión, tensión, preocupación constante, es una visión más aproximada a la realidad. De vocación y alegrías, de tribulaciones y sacrificios, de penurias y dolores se puede hablar en todas las profesiones. Pero en el periodismo, como en muy pocas otras, se requiere de algo más, intangible e inexplicable que lo levanta de entre el más grande abatimiento y el revés más penoso, por encima de las frustraciones y las humillaciones, porque más allá de todo está su irrefrenable determinación de decir lo que acaba de descubrir. Ese impulso le permite a un periodista sobreponerse y vencer cualquier adversidad. Pero la lucha debe ser permanente y continua.

En el periodismo hay dos tipos de reporteros, solía decir un experimentado periodista, Carlos Figueroa Sandoval, "los macheteros y los gitanos". Los "macheteros" son aquellos que necesitan todo medio para llenar sus espacios, los que realizan con eficiencia burocrática la rutina cotidiana; los "gitanos" son aquellos que con su iniciativa, su dedicación y el esfuerzo que no regatean en llevar más allá de sus posibilidades, le dan personalidad y trascendencia a su trabajo, y distinción y clase al medio que representan.

Son dos caminos que marcan destinos y fortunas. Son la diferencia entre los que quisieron y lucharon por salir de la mar de los muchos, y los que escogieron quedarse en la mediocridad. Los primeros, como Mark Twain, no cejaron.

Hubo un periodista, por ejemplo, que viajó miles de kilómetros durante seis meses para entrevistar a más de 100 personas y lograr una información que luego nadie quería publicar, y entonces se vio forzado a crear un servicio de noticias para distribuir esa información a periódicos pequeños. Para cuando los grandes medios tuvieron que comenzar a reproducir lo que antes menospreciaron, la revelación de una matanza de civiles en My Lai por parte de tropas estadounidenses, ya le había dado otra dimensión a la guerra de Vietnam.⁹

Otro, con la ayuda de trabajadores en los talleres de *El Nacional*, consiguió las galeras del *Diario Oficial* que se iba a publicar al día siguiente, y logró adelantar la primicia de la nacionalización de la industria eléctrica en México.¹⁰ Uno más anticipó los planes de un impuesto patrimonial a los mexicanos, y la sola revelación del plan provocó uno de los más grandes enfrentamientos que ha tenido el gobierno de México con la prensa. " Otro, que dejó que un *tip* guiara su intuición, invirtió en un viaje a Granada días antes de la invasión de Estados Unidos, y obtuvo las únicas fotografías de la intervención, que se reprodujeron en todo el mundo.

Los y las periodistas son como soldados. Un día pueden tener que ir a recorrer una morgue en busca de pistas noticiosas, y otro asistir a una cena de frac en el Palacio Real de Estocolmo. Otro pueden almorzar con el jeque Yamani en un restaurante donde el cubierto comienza en los 200 dólares, y otro caminar 12 horas en la montaña para entrar clandestino a un país centroamericano, para escribir un reportaje sobre los territorios controlados por la guerrilla. A veces lo envían a un incendio, y a veces a un pueblo donde hubo un accidente en una planta nuclear. Puede recorrer un camino minado para llegar a hacer la crónica de una población salvadoreña dejada a su suerte, o esperar horas interminables a un personaje que, quizás, ni el saludo ofrecerá como compensación. O también soportar lluvias y vientos, y desafiar el fuego y el peligro por la necesidad de una buena fotografía, de una buena imagen. Los y las periodistas, cumplen. Tienen que hacerlo.

Circunscribir al periodista meramente a su función reporteril sería limitar lo que es y debe ser su responsabilidad profesional. Un o una periodista deben ser personas honestas, entendiéndose por honestidad un valor integral que tiene que ver fundamentalmente con un comportamiento y una actitud frente a la vida. No sólo es el no participar de los circuitos de la corrupción que abundan en el periodismo mexicano, sino también la responsabilidad para con los receptores de la información y la escrupulosidad y el rigor en el trabajo.

La profesión periodística no es la más estimada en las diversas sociedades del mundo.

La mexicana, no es la excepción. Más veces que menos se le considera un "mal necesario" entre aquellos que toman las decisiones. Los estereotipos y los cartabones ubican al periodista mexicano con un perfil muy negativo, lo cual repercute en su credibilidad y en su trabajo. En 1987, por ejemplo, una encuesta nacional del Centro de Estudios Económicos del Sector Privado reveló que sólo el 37 por ciento de los mexicanos creían en la prensa.¹³ Los bajos tirajes de los periódicos mexicanos¹⁴ y la incredulidad en los noticieros de televisión, dan otro indicativo del declive del periodismo.

Esa tendencia no es sólo alarmante para los medios y los periodistas, sino preocupante para la sociedad en su conjunto. Los medios de comunicación independientes son uno de los pilares de todo sistema democrático, y sin ellos los regímenes no cuentan con un dispositivo que les haga ver sus errores y les permita hacer correcciones. Los medios de comunicación son un espejo de la sociedad y, a la vez, sirven de puente entre gobernantes y gobernados. La ruptura de él impide un diálogo vertical y horizontal, y provoca sólo un monólogo de arriba hacia abajo -que es lo que se ha venido dando en México.

Revertir esa tendencia es responsabilidad directa de los y las periodistas, que son quienes hacen vivir a los medios. Pero su función no es tomar partido, que no significa dejar de tener una posición determinada. Un o una periodista es un ser político, pero eso no significa que deba hacer política. La militancia lleva implícita el aliarse con una parte beligerante; el partidismo anula el equilibrio y el balance en las técnicas de reportear y de redactar; los prejuicios quitan claridad a los juicios; y todo esto combinado le resta credibilidad al trabajo de un reportero o una reportera.

No son él o la periodista los agentes directos del cambio social, pues ese papel protagónico no les pertenece. Sí deben ser quienes provean los conductos por los cuales se expresan esos actores. Son vasos comunicantes de toda sociedad y el foro en el cual todas sus fuerzas se puedan hablar y dirimir sus diferencias. Si no cumplen con esa tarea, estarán actuando con irresponsabilidad social.

La única función válida en el periodismo es informar, descifrar los códigos de comunicación que no son accesibles a la mayor parte de la sociedad, y darle las herramientas y los conocimientos para poder comprender mejor los hechos y las acciones. No es su papel servir sólo como el medio por el cual se intercambian mensajes las élites, que es a lo que se ha relegado a la mayoría en los últimos años, sino el de proporcionarle el medio por el cual se comuniquen éstas con las mayorías. Es decir, habrá que pasar de la retaguardia en que se encuentran ahora medios y periodistas, a la vanguardia.

El reto siempre será difícil, pero hay que remontar las adversidades. El camino para un buen o una buena reportera siempre está plagado de obstáculos dentro y fuera del propio gremio. Las envidias, las tentaciones del poder o su capacidad de seducción, son muy fuertes. ¿Cuántas veces se han subordinado periodistas ante personajes por el sólo hecho de que los llaman por su primer nombre? ¿Cuántas veces bastan dos tazas de café en sus oficinas para que se sientan con derecho a impulsar o suprimir una información? Cualquier periodista debe tener claras las fronteras de su profesión y los límites que debe imponer a quien practique la política. Con mucha frecuencia se cruza esa línea divisoria y se entrega, incluso inconscientemente, parte de la integridad, que debería ser innegociable.

Pero esas fuerzas que distorsionan al periodismo no sólo se encuentran fuera del gremio. Las más lesivas, las de acción más prolongada, se encuentran dentro del propio medio. Son aquellas de esos batallones de mediocres que se han prestado a fines ulteriores al de informar, convirtiéndose en propagandistas gubernamentales, o en estenógrafos y altoparlantes de los poderosos. Esos son los más peligrosos, pues en su persecución de fines personales de corto plazo, pululan por la sociedad socavando el enorme esfuerzo de otros cuyo fin es el de informar, y demeritando una profesión universalmente desprestigiada.

Ese desprestigio tiene orígenes objetivos al haber sido construido por periodistas que se olvidaron de su razón de ser. Sin embargo, muchas de las acusaciones son subjetivas e injustas. Los y las periodistas son personas que todos los días ponen en juego su carrera y su prestigio por la voluntad de informar. Son personas altamente visibles en la sociedad, sumamente vulnerables, y permanentemente expuestas.

La percepción que tiene el público sobre la prensa difiere sustancialmente de la que tienen los periodistas sobre ellos mismos, y el fenómeno es universal.¹⁵ No podrán empatarse jamás esas opiniones, pero en la medida en que el trabajo periodístico sea serio, interesante, competente y profesional, se estarán haciendo aportaciones importantes a una sociedad que, quizás, comience entonces a ver a los y a las periodistas, de diferente manera.

*Capítulo del libro *Más allá de los límites*, de próxima aparición.

- 1) Esta es la definición de la Organización de Naciones Unidas para la Educación y la Ciencia, citada por el periodista Rogelio Hernández en una ponencia en el I Encuentro de Intercambio y Análisis de Trabajadores de la Comunicación, Ciudad de México, 22 de noviembre de 1991.
- 2) Máximo, *El País*, Madrid, mayo 4, 1986, p. 12
- 3) *Idem*
- 4) In-Depth Reporting...
- 5) Máximo, *op. cit.*
- 6) In-Depth... *op. cit.*
- 7) Cebrián, Juan Luis, *La prensa y la calle*, Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1980, p. 44
- 8) Schreiber, Jean Louis Servan, *El poder de informar*, Dopesa, Barcelona, 1973. Citado en Cebrián, Juan Luis, *op. cit.*, p. 44
- 9) El reportero de investigación Seymour Hersch batalló por dos meses para que su revelación sobre lo que sucedió en la aldea de My Lai fuera conocida por el mundo. Por esa información, Hersch logró un Premio Pulitzer.
- 10) Manuel Arvizu era reportero del periódico *La Prensa*...
- 11) José Dudet, que cubría el sector financiero para *Excélsior* recibió en 1973 el adelanto de una revista interna de la Secretaría de Hacienda donde se explicaba el proyecto de ley para poner en práctica un impuesto patrimonial. El diario publicó la información a ocho columnas, y la reacción gubernamental fue tan furiosa, que el entonces secretario de Hacienda, José López Portillo, declaró a la televisión que *Excélsior* había sacado ese documento de la basura. De acuerdo con funcionarios del gobierno de Luis Echeverría, la publicación de esa información comenzó el descontento del entonces presidente en contra de la dirección de *Excélsior*, que culminó en julio de 1976 con la salida de su director, Julio Scherer García, y más de 200 de sus colaboradores.
- 12) El fotógrafo *free-lance* Claude Urraca, recibió el *tip* de que "algo" podía suceder en Granada, ante lo que hizo a un lado su trabajo en Centroamérica y voló hacia esa isla del Caribe, donde en octubre de 1983 infantes de marina de Estados Unidos realizaron una invasión.
- 13) Ver Raymundo Riva Palacio, "De cara al futuro", *Revista Mexicana de Comunicación*, agosto de 1990, p. 51
- 14) Ver Raúl Trejo Delarbre, "Periódicos: ¿Quién tira la primera cifra"? *Cuadernos de*

Nexos, junio de 1990, p. I

15) Un estudio interesante sobre las percepciones de la opinión pública sobre los periodistas, y de los periodistas sobre los periodistas en Estados Unidos, lo publicó la revista *Columbia Journalism Review* (enero-febrero, 1992), y refleja que una buena parte de la concepción que tiene la sociedad estadounidense sobre los periodistas de esa nación, coincide con la que tiene la sociedad mexicana sobre los periodistas mexicanos, de acuerdo con apreciaciones empíricas que se han hecho en diversos medios.